

Buscado Por Asesinato: *Juan Calvino*

(Parte 1)

Por *Kenneth Westby*

Título Original (En inglés)

**“*Wanted for Murder: John Calvin*
(Partes 1, 2 y 3)”**

Traducción (Translation):

por **Fernando Coutinho Sánchez**
(ferjoscousan@gmail.com)

Machalí – Osorno, Chile, septiembre de 2024

Todas las citas Bíblicas de este estudio son tomadas de la versión española de Casiodoro de Reina con revisión de Cipriano de Valera, 1960. (VRV60). A menos que se indique lo contrario.

Todas las inserciones explicativas del autor dentro de un versículo de las Escrituras están entre **[CORCHETES]**.

Todo griego, hebreo, las palabras arameas o de otro idioma diferente, está en **CURSIVA** y / o transliteradas al español.

Mintió, traicionó, acosó y finalmente asesinó a un compañero cristiano. *Juan Calvino*, el francés, nacido *Jean Chauvin*, encontró a un hombre al que no podía intimidar y cuyos argumentos no podía refutar. El hombre al que asesinó era una de las mentes más grandes del siglo XVI y un rival para el igualmente brillante *Juan Calvino*. El gran reformador no se contentó con una simple ejecución, exigió tortura y quema lenta con madera verde para asegurarse de que su adversario sufriera mucho.

Es la extraordinaria historia de un erudito valiente, una herejía fatal y uno de los libros más raros del mundo. Antes de que *Miguel Servet* (1511-1553) encontrara su destino a manos de *Juan Calvino*, este hombre excepcional había logrado cosas verdaderamente asombrosas. Su vida coincidió con la invención de los tipos móviles por parte de *Johann Gutenberg*, la Inquisición católica y la Reforma protestante. Utilizó el poder en expansión de la imprenta para publicar sus valiosas investigaciones, lo que le valió la ira de las inquisiciones española y francesa y, fatalmente, la ira del reformador *Juan Calvino*.

Nacido en España en el seno de una familia de clase media, destacó por su erudición. *Lawrence y Nancy Goldstone*, en su nueva obra “*Out of the Flames*” (Fuera de las Llamas) (Broadway Books, 2002), nos cuentan que “a los trece años, además de su lengua materna, sabía leer francés, griego, latín y, sobre todo, hebreo. En la mayor parte del mundo cristiano, el hebreo era una lengua prohibida. Se la consideraba peligrosa, mística y subversiva. La Iglesia se oponía rotundamente a ella: el conocimiento del hebreo significaba que el Antiguo Testamento podía leerse en su forma original... El hebreo, cuando se enseñaba, casi siempre se enseñaba en secreto y por un judío”.

El erudito *Servet* estudió la Biblia, una actividad que la Iglesia consideraba subversiva, y su lectura podía llevarle a prisión o a la muerte – una de las muchas formas en que la Iglesia había mantenido su control durante más de mil años. La erudición de *Servet* lo llevó un paso más allá, ya que añadió el árabe a su repertorio para poder leer el Corán. Todavía tenía diecisiete años. Asistió y obtuvo títulos en las mejores universidades de Francia y Alemania. Su amor era la teología y llegó a ser muy bueno en ella.

Disgustado por lo que él llamaba corrupción romana, *Servet* quería que la Iglesia volviera a su pureza original. Pensaba que los reformadores como *Lutero* no habían ido lo suficientemente lejos. Los *Goldstones* señalan: “Sin una voluntad de atacar los preceptos fundamentales del dogma católico, *Servet* bramaba, no era imaginable ninguna reforma significativa – no podía haber ninguna restauración posible del cristianismo más simple y generoso propuesto por el propio Jesús. *Servet* ideó su propio plan de batalla para purgar al cristianismo de la corrupción romana. Todo, insistía, volvía a la Trinidad”.

El mayor debate de la Iglesia se decidió en el año 325, cuando en Nicea el emperador *Constantino* dio su aprobación a una nueva interpretación de las personas de Dios y Jesús, y añadió una tercera persona, el Espíritu Santo, a una única divinidad. Desapareció el monoteísmo puro de Moisés, los profetas, Jesús y la Iglesia primitiva. La jerarquía de la Iglesia había creado una nueva deidad con tres dioses, unida místicamente en “un solo Dios”. *Servet* se propuso demostrar que toda la doctrina no era bíblica.

“*Servet*, cuya erudición bíblica, incluso a los diecinueve años, era colosal, sabía que nada del Credo de Nicea se mencionaba ni siquiera se insinuaba en las Escrituras, que había leído en el hebreo y griego originales. No encontró “ni una palabra sobre la Trinidad, ni sobre sus Personas, ni sobre la Esencia, ni sobre la unidad de la Sustancia”. La Trinidad era un invento – puro misticismo – y el cristianismo nunca podría purificarse hasta que se despojara de ella”.

Servet se dio cuenta de que la gente debía respetar su religión y su culto según su concepto de Dios. Un concepto corrupto produciría una religión corrupta. Encontró un impresor y su primer libro, “*De Trinitatis Erroribus*” (Sobre los Errores de la Trinidad), dio la vuelta al mundo. Fue una bofetada directa a la Iglesia y a su héroe, san *Agustín*. Era una obra rigurosa que citaba más de treinta fuentes en latín, griego, hebreo y árabe. Ingenuamente esperaba que los eruditos honestos aceptaran su desafío al concepto más sagrado de la cristiandad romana. Causó un gran revuelo y llevó a la Inquisición española a emitir una orden para su arresto y ejecución.

El joven erudito huyó a Francia, cambió de nombre, volvió a la universidad y se convirtió en médico. Era tan bueno en su nueva profesión que se convirtió en médico personal de la realeza francesa, fue pionero en nuevos procedimientos, enseñó a estudiantes de medicina y escribió libros sobre anatomía. Pero la teología siguió siendo su primer amor. Utilizando su alias, contrató a *Juan Calvino* y le ofreció una crítica página por página de la enorme obra de *Calvino*, “*Christianae Religiosis Institutio*” (La Institución del Cristianismo). *Servet* atacó al calvinismo en muchos frentes, incluida la Trinidad y su doctrina de que una vez salvo, siempre salvo, que se convirtió en un distintivo del fundador del presbiterianismo. Los dos eruditos mantuvieron un acalorado debate a través de cartas durante varios años.

Durante seis años *Servet* trabajó en secreto para producir su obra más importante, “*Christianismi Restitutio*” (La Restauración del Cristianismo), y fue una bofetada en la cara para la Institución de *Calvino*. Envío su libro de 800 páginas a *Calvino* pidiendo una respuesta a las pruebas que contenía. *Calvino* claramente había encontrado su igual y estaba indignado por el desafío a su autoridad (*Calvino* hizo que la gente fuera azotada por no dirigirse a él como “Maestro”). *Calvino* descubrió que el famoso médico, su crítico teológico, no era otro que el hereje *Servet*. *Calvino* reveló este hecho a los inquisidores franceses que arrestaron y encarcelaron a *Servet* (el propio *Calvino* se les había escapado y los etiquetó de sirvientes de Satanás).

Servet escapó de la prisión, pero no pudo escapar de los agentes de *Juan Calvino*.

Buscado Por Asesinato: *Juan Calvino*

(Parte 2)

Miguel Servet se encontraba prófugo, buscado por la Inquisición española por herejía y, más recientemente, por *Juan Calvino* por la misma acusación. El brillante teólogo y médico había escrito libros en los que pedía a la Iglesia católica y al nuevo movimiento protestante que volvieran a las creencias y prácticas bíblicas de la Iglesia primitiva. Sostenía que desde el Concilio de Nicea (325 d. C.) la Iglesia había caído en el paganismo con doctrinas tan antibíblicas como la Trinidad y el bautismo infantil.

Perseguido por la Inquisición española, huyó de su España natal a Francia, donde adquirió un alias, fue a la universidad y estableció una nueva profesión como médico. Sin embargo, su amor eterno siguió siendo las Escrituras. Utilizó su alias para iniciar una animada correspondencia con el gran reformador *Juan Calvino*, un francés que había huido de la Inquisición católica francesa y se había establecido en Ginebra. Su diálogo de ida y vuelta por correo continuó durante muchos años.

Calvino, al igual que *Lutero*, es uno de los héroes más grandes de la Reforma protestante. Su legado moderno es la Iglesia Presbiteriana. Fue un gigante intelectual, similar a su homólogo católico *Ignacio de Loyola*, fundador de los jesuitas. Irónicamente, en sus años de juventud *Servet*, *Calvino* y *Loyola* asistieron a la Universidad de París exactamente al mismo tiempo, aunque se movían en círculos muy diferentes y *Servet* no usaba su verdadero nombre.

De hecho, *Loyola* era el reflejo de *Calvino*. “Físicamente, ambos eran pequeños, delgados, frágiles, de mal carácter y constantemente acosados por la enfermedad. Espiritualmente, ambos eran intensos, comprometidos, indomables y completamente convencidos de su piedad” (*Lawrence y Nancy Goldstone*, “*Out of the Flames*” (Fuera de las Llamas), Broadway Books, Nueva York, 202, pág. 204).

En un momento dado, *Servet* envió a *Calvino* una crítica detallada de la Institución del cristianismo, la obra teológica magistral de *Calvino*. Claramente, *Calvino* había encontrado un rival intelectual y le irritaba que se cuestionara su doctrina. *Calvino* no toleraba las críticas con paciencia. *Servet* también le envió su propia obra, “*The Restoration of Christianity*” (La Restauración del Cristianismo), de 800 páginas, pidiéndole que la refutara.

Traicionado por Calvino

Más tarde, *Calvino* fue informado de que su corresponsal crítico no era otro que el gran erudito y teólogo – y hereje – *Miguel Servet*. Rápidamente notificó a la Inquisición francesa (a la que previamente había etiquetado como instrumentos de Satanás y ante la cual había huido a Ginebra), quienes arrestaron y encarcelaron a *Servet*. Pero *Servet* escapó nuevamente y se dirigió al Reino de Nápoles, donde supo que podría encontrar protección y continuar con su escritura.

Pero *Servet* cometió el gran error de pasar por Ginebra en su camino a Nápoles. Ginebra era la ciudad de *Juan Calvino* y sus enemigos lo llamaban el Papa protestante porque gobernaba con mano de hierro. La casualidad quiso que llegara en vísperas del “sábado” (domingo), cuando no habría barcos que cruzaran el lago hacia Zúrich. Deseando pasar desapercibido, y dado que la asistencia a la iglesia era obligatoria, el 13 de agosto de 1553 asistió a la iglesia de la Magdalena.

De todas las iglesias de Ginebra, eligió por casualidad aquella en la que predicaba *Calvino*. ¿Fue por accidente o a propósito, pues quería ver en persona al hombre sobre cuya carta había debatido tan activamente? Tal vez creyó que su protagonista podría recibirle con los brazos abiertos. No fue así.

Arrestado por Calvino

Los agentes de *Calvino* vieron a *Servet* en la iglesia, notificaron a *Calvino*, quien ordenó inmediatamente que arrestaran a *Servet*, confiscaran su dinero y sus pertenencias y lo encarcelaran. *Calvino* lo colocó en una celda infestada de piojos y ordenó que cerraran las ventanas. En cuestión de horas, toda Ginebra se enteró de su arresto. El arresto, por supuesto, era ilegal ya que *Servet* no era ciudadano de Ginebra ni había cometido ningún delito allí. Pero *Calvino* era quien mandaba.

La ley local exigía que se presentara una acusación formal dentro de las veinticuatro horas posteriores al arresto. Para cumplir con el plazo, *Calvino* trabajó toda la noche redactando una lista de treinta y nueve cargos. La lista abarcaba desde cargos de publicación de literatura herética que atacaba la Trinidad, el bautismo infantil, la predestinación y la preexistencia de Cristo, hasta creer en doctrinas blasfemas, falta de respeto por la doctrina aceptada de la iglesia (la de *Calvino*) y falta de respeto insultante hacia *Juan Calvino* personalmente. Tal vez la más tonta de las acusaciones fue la de haber violado la ley al escapar de la Inquisición católica – un “crimen” del que también eran culpables la mayoría de los ciudadanos de Ginebra.

Acusado por Calvino

El proceso ante el Concilio comenzó rápidamente el 14 de agosto con interrogatorios a *Servet* y exámenes de sus escritos. El proceso continuaría con frecuentes descansos hasta que se ejecutó su sentencia de muerte el 27 de octubre.

A *Servet* se le negó el concilio a pesar de que esa era la práctica habitual en los juicios. También se le negó un cambio de ropa, ya que era necesario vivir en una celda llena de suciedad y alimañas. En el frío de octubre, pidió un cambio de ropa y ropa más abrigada, pero se le negó nuevamente.

A pesar de sus lamentables circunstancias, aceptó el debate cara a cara con su oponente intelectual y el líder del protestantismo. Este fue el clímax de una correspondencia de casi veinte años en la que se disputaron la doctrina y las Escrituras.

Lo que estaba en juego no podía ser más importante para *Servet*. Sabía que su vida estaba en juego y *Calvino* ya era famoso por su crueldad con quienes se oponían a él o eran acusados de herejía.

La filosofía de *Calvino* era que era mejor castigar con demasiada dureza que con demasiada suavidad cuando se trataba de “honrar a Dios”. En el relato más erudito y exhaustivo del caso *Servet*, *Marian Hillar* relata algunos hechos sobre *Calvino* “*The Case of Michael Servetus – The Turning Point in the Struggle for Freedom of Conscience*” (El Caso De Miguel Servet – El Punto De Inflexión En La Lucha Por La Libertad De Conciencia), “*Texts and Studies in Religion*” (Textos y estudios sobre religión), vol. 74, Edwin Mellen Press, 1997, pág. 288:

Un burgués sonreía mientras asistía a un bautismo: tres días de prisión. Otro, cansado en un día caluroso de verano, se dormía durante el sermón: prisión. Dos barqueros tuvieron una pelea, en la que nadie resultó herido: ejecución. Un hombre que protestó públicamente contra la doctrina reformista de la predestinación fue azotado sin piedad y expulsado de la ciudad.

Un impresor de libros que, borracho, había denostado a *Calvino*, fue condenado a que le perforaran la lengua con un hierro al rojo vivo antes de ser expulsado de la ciudad. Jacques Gruet fue torturado y luego ejecutado por el mero hecho de haber llamado hipócrita a *Calvino*.

En esta Nueva Jerusalén [de *Calvino*], durante los primeros cinco años de su dictadura, trece personas fueron ahorcadas, diez fueron decapitadas, treinta y cinco fueron quemadas y setenta y seis fueron expulsadas de la ciudad.

Al igual que *Lutero*, *Calvino* a menudo predicaba una teoría de tolerancia y contra la venganza, pero en la práctica resultaron ser palabras vacías. *Lutero* escribió una vez al comienzo de su carrera: “La quema de herejes es contraria a la voluntad del Espíritu Santo”. Tales sentimientos se evaporaron.

Tiempos Sangrientos

Por supuesto, los tiempos eran diferentes en el siglo XVI, pero los primeros reformadores aparentemente habían aprendido de los inquisidores católicos cómo lidiar mejor con la oposición.

No sólo hubo pocos cambios doctrinales entre los reformadores, sino que las crueles prácticas contra la disidencia continuaron. Los católicos masacraron a los protestantes a veces en cantidades de hasta treinta mil de una sola vez. Estallaron guerras entre reinos protestantes y católicos, grandes y pequeños. A partir del juicio a *Servet*, el reinado del terror se aceleró.

Protestantes y Católicos – Calvinistas y Jesuitas – cavaron trincheras eclesiásticas, dos grandes ejércitos preparados para arrasarse.

Conocer la historia de Europa durante los siguientes cien años es maravillarse de que la raza humana haya sobrevivido. Desde 1618 hasta 1648 [la Guerra de los Treinta Años], los católicos lucharon contra los calvinistas, los calvinistas contra los luteranos, los Habsburgo contra los Borbones, los nacionalistas contra los imperialistas. El naufragio fue impensable.

Las ciudades fueron visitadas una y otra vez por una sucesión de ejércitos merodeadores que mataron, quemaron, violaron, robaron todo trozo de comida a la vista y luego arruinaron los campos para que no se pudiera cultivar nada más. En los Países Bajos habían comido ratas y cuero para sobrevivir; en Alemania se comieron unos a otros. Ninguna estadística es más escalofriante que ésta: había 21 millones de personas viviendo en Alemania en 1618, al comienzo de la guerra; en 1648, al final de la guerra, solo quedaban 13 millones. La peste no fue tan eficaz. (Goldstones, p. 210, 214)

Servet no se hacía ilusiones de que *Calvino* y su corte le otorgarían clemencia, pero esperaba poder prevalecer en la cuestión de la ilegalidad del juicio o, en su defecto, en el mérito bíblico de sus creencias. Por supuesto, podía retractarse de sus creencias, demostrar servilismo y pedir perdón a *Calvino* con la esperanza de recibir un castigo menos que letal, una opción que *Calvino* aparentemente nunca consideró.

El tribunal de *Calvino* rompió sus propios procedimientos al denegar la petición de *Servet* de contar con un abogado defensor. *Servet* se vio obligado a actuar como su propio defensor y prepararse para el juicio desde una celda oscura y sucia. Debía ser *Servet* solo contra los secuaces del calvinismo.

El juicio del Siglo

Calvino se sentó en el banquillo de los fiscales con muchos de sus ministros cerca. Dispararon acusaciones y preguntas a *Servet* para sacudir los cimientos de su posición. *Servet* estaba más que a la altura de cualquiera de las líneas de interrogatorio y con el tiempo los fiscales se sintieron frustrados.

Calvino se puso de pie y tomó el control del interrogatorio de sus subordinados. Como escriben *Lawrence* y *Nancy Goldstone* en su libro, "Out of the Flames" (Fuera de las llamas),

Los intercambios fueron intensos, rápidos y eruditos. Tal vez no había otra persona en Europa que pudiera igualarlos. ... A cada paso, *Calvino* atacaba y *Servet* contraatacaba.

La acusación general era herejía. *Servet* enseñaba que la Trinidad estaba ausente de las Escrituras y era un error grave; y enseñaba que el bautismo infantil también es antibíblico. También presentó una apasionada defensa de la libertad religiosa – un concepto revolucionario en aquellos tiempos.

En este último punto, el fiscal lo criticó por considerar que su idea de la libertad religiosa y de la libertad de conciencia constituía una amenaza política y una subversión de la justicia:

“Es evidente que *Servet* es uno de los herejes más audaces, presuntuosos y perniciosos que jamás haya existido. Además, no contento con el mal que ha causado, quiere subvertir todo orden de la justicia y privar al magistrado del derecho de castigar con la espada, derecho que le ha concedido Dios. Pero no hay que confundirse, pues su conciencia lo condena y aboga por la muerte. Y para evitar este castigo

quiso proponer una doctrina tan falsa que los criminales debían ser castigados con la muerte” (Hillar, p. 293).

El fiscal del proceso calificó la doctrina de libertad religiosa de *Servet* como la propagación de conductas criminales, es decir, herejía. Si el estado concediera que las personas pudieran creer lo que quisieran, eliminaría el derecho de los magistrados a matarlas, su “derecho otorgado por Dios”. En su opinión, el mundo de *Servet* sería un mundo horrible, ya que los herejes ya no podrían ser quemados, decapitados o torturados.

El juicio consistió en cuatro fases con muchas sesiones en cada fase. En la última fase, *Calvino* estaba decidido a hacer que la condena de *Servet* fuera más grave para que su muerte estuviera asegurada. Invocó la declaración de *Bucer*, un asociado, que dijo que *Servet* “merecía que le arrancaran las entrañas”.

Con su ejecución casi segura, *Servet* le rogó a *Calvino* que lo decapitara con una espada en lugar de morir en la hoguera, temiendo que no pudiera permanecer fiel bajo el dolor prolongado. *Calvino* no cumplió su pedido; En lugar de eso, ordenó madera verde para la pira para que ardiera lentamente y azufre sobre la cabeza de *Servet* para que cuando las llamas alcanzaran su punto máximo se encendiera con un ardor intenso y sufrimiento adicional.

Buscado Por Asesinato: *Juan Calvino*

(Parte 3)

En las partes anteriores presentamos la evidencia histórica indiscutible de que *Juan Calvino* hizo quemar a *Miguel Servet* en la hoguera. La acusación contra él, no probada, era herejía. ¿Cuál era la herejía de *Servet*?

El teólogo y médico español enseñó contra el bautismo infantil y la doctrina de la Trinidad. Entabló con *Calvino* una intensa discusión académica por carta durante más de una década. *Servet* sostuvo que ninguna de las dos doctrinas tenía su raíz en las Escrituras; de hecho, proporcionó evidencia detallada de que ambas doctrinas eran contrarias a las Escrituras y a los principios bíblicos.

Su libro académico, “*Errors of the Trinity*” (Errores de la Trinidad), fue un ataque frontal contra la doctrina católica y protestante de la naturaleza de Dios y su Hijo. Dijo que “inventan tres dioses o un solo Dios trino”, un concepto extraño a las Escrituras. Hablando de la doctrina de la Trinidad, establecida en el siglo IV, dijo: “Esta plaga de la filosofía nos fue traída por los griegos... nunca entendieron los pasajes de las Escrituras que adujeron con respecto a este asunto”.

También observó que “los judíos también se resisten a adherirse a esta fantasía [“cristiana”] nuestra, y se ríen de nuestras tonterías sobre la Trinidad, y a causa de sus blasfemias, no creen que éste sea el Mesías prometido en su Ley”. *Servet* estaba bastante familiarizado con el pensamiento judío, ya que su España natal estaba fuertemente influenciada por siglos de cultura judía. *Servet* encontró judíos que le enseñarían en secreto hebreo bíblico, cuya enseñanza había sido prohibida por la Iglesia Católica.

Atrapado Finalmente

Por un extraño giro del destino, *Servet* finalmente se encontró cara a cara con *Juan Calvino*, el gran reformador, teólogo y fundador de lo que se convertiría en la Iglesia Presbiteriana. *Servet* había escapado de la prisión y estaba huyendo del largo brazo de la Inquisición francesa cuando se detuvo en Ginebra en su camino hacia un santuario seguro en el norte de Italia.

Cabe señalar que fue *Calvino* quien alertó a la Inquisición francesa sobre el paradero y el verdadero nombre de *Servet* (estaba usando un alias en Francia ya que tenía una sentencia de muerte sobre él por la Inquisición católica española), lo que resultó en su encarcelamiento. Los católicos también lo habían etiquetado como hereje por sus creencias contrarias a la Trinidad y al bautismo infantil.

Ginebra era la base de *Calvino* y la gobernaba con vara de hierro. Todos los ciudadanos estaban obligados a asistir a la iglesia. *Servet*, que huía, no queriendo ser visible, fue a una iglesia en Ginebra. El predicador ese domingo no era otro que El Reformador. *Servet* fue reconocido por uno de los hombres de *Calvino*, y cuando le dijeron que su protagonista estaba presente, *Calvino* ordenó que lo arrestaran ese domingo 13 de agosto de 1553 y lo arrojaron a prisión.

En las entregas anteriores se describió el proceso contra *Calvino* y la defensa de *Servet* ante un tribunal repleto de jueces que actuaba sin jurisdicción legal (*Servet* no era ciudadano de Ginebra, no había cometido ningún delito y estaba de paso por la ciudad). El resultado se determinó antes de que se escucharan los argumentos. Durante todo el proceso, que duró meses, *Servet* estuvo encerrado en una celda sucia y llena de alimañas, y no se le permitió cambiarse de ropa.

En un momento del juicio, el debate pasó de la Trinidad a otras cuestiones. *Servet* atacó la doctrina de la predestinación de *Calvino*, que era el centro de la teología de *Calvino*. Le atribuyó a *Calvino* el haber seguido a Simón el Mago, a quien *Servet* consideraba el padre de esa odiosa doctrina.

Además, dijo que la doctrina de *Calvino* sobre el pecado original, la depravación total y el determinismo reducían al hombre a un “tronco” y una “piedra”. Él no cedió a la insistencia de *Calvino* de que confesara

la existencia eterna del Hijo, sosteniendo que Jesucristo era el Hijo de Dios, pero no llegó a serlo hasta que fue engendrado en la tierra como lo documentan los relatos del Evangelio.

Quemado Sin Piedad

Cuando *Miguel Servet* supo que *Calvino* lo iba a matar sin importar los méritos de sus argumentos (todos los cuales *Calvino* no podía refutar), pidió clemencia. Le suplicó a *Calvino* que le cortara rápidamente la cabeza con una espada en lugar de quemarlo en la hoguera, temiendo que no pudiera permanecer fiel bajo el dolor que se esperaba.

Ignorando las súplicas de clemencia, *Calvino* ordenó que *Servet* fuera quemado con madera verde para que el sufrimiento se prolongara. Ordenó que le pusieran azufre sobre la cabeza para que cuando las llamas finalmente alcanzaran la altura suficiente para encender el azufre, un calor aún más intenso le quemara la cabeza.

A lo largo de la terrible experiencia, *Miguel Servet* no se retractó de sus creencias más profundas ni de su inocencia. El 26 de octubre, el Consejo oficial de los Doscientos ordenó que *Servet* “fuera llevado a Champel y quemado vivo allí al día siguiente junto con sus libros”. Solo se mencionaron dos cargos en su sentencia – Anti-Trinitarismo y Anti-Pedobautismo.

La ley bajo la cual *Servet* fue condenado fue el *Código de Justiniano* que prescribía la pena de muerte por la negación de la Trinidad. Esta ley fue instituida por el estado eclesiástico totalitario, cuya moralidad estaba definida por los intereses del estado eclesiástico.

El largo texto de los cargos fue leído formalmente en su presencia. La acusación principal decía: “Quién [*Servet*] es el primero en ser acusado de haber impreso hace unos 23 o 24 años un libro en Hagenau, Alemania, contra la Santísima e indivisible Trinidad, que contiene varias y grandes blasfemias contra ella en las iglesias de Alemania”.

Dos horas antes de su ejecución solicitó una audiencia con *Calvino*, quien aceptó y acudió con dos de sus lugartenientes. Sólo tenemos el relato de *Calvino* sobre la reunión. Escribió sobre *Servet*: “Le recordé gentilmente que durante más de 16 años no escatimé nada para ganarlo para nuestro Señor”. Las justificaciones moralistas de *Calvino* fueron desvergonzadas. Reconoció que *Servet* se “irritó contra mis buenas y santas amonestaciones... Viendo que no logro nada con las exhortaciones, no quise ser más sabio de lo que mi Maestro me permitía. Por eso, siguiendo la regla de San Pablo, me aparté del hereje”.

Servet fue conducido a su lugar de martirio por un cortejo de arqueros a caballo. La gente se alineaba en el camino, algunos de los cuales se burlaban de él para que se retractara. Dos testigos escribieron que *Servet* respondió que lo estaban matando injustamente y que rezaría por sus acusadores. Un acusador notable fue el teólogo *Farel*, que viajó a Ginebra desde Neuchatel. Caminando, instó a *Servet* hasta el último momento a reconocer sus errores y confesarlos. *Servet* le respondió pidiéndole un solo pasaje bíblico que mostrara la filiación eterna de Cristo. Para *Farel* y *Calvino*, *Servet* no era un mártir de la verdad como lo fueron los protestantes quemados por los católicos franceses, fue un mártir del error.

La quema de “herejes” por parte de *Calvino* era moral; la quema de “herejes” protestantes por parte de los católicos era inmoral. Tal era la sabiduría religiosa y la moralidad del cristianismo del siglo XVI.

Marian Hillar en su libro sobre *Servet* describe el martirio. “No se escatimó ningún tipo de crueldad con *Servet*, pues su envoltorio estaba compuesto por haces de madera fresca de encina, todavía verde, mezclada con ramas que aún tenían hojas. Sobre su cabeza se colocó una corona de paja rociada con azufre. Fue sentado sobre un tronco con el cuerpo encadenado a un poste con una cadena de hierro, su cuello fue atado con cuatro o cinco vueltas de una cuerda gruesa. De esta manera *Servet* fue siendo frito a fuego lento durante aproximadamente media hora antes de morir. A su lado había copias de su libro que envió “confidencialmente” a *Calvino* para “su opinión fraternal”.

Sus últimas palabras fueron: “Oh Dios, salva mi alma; Oh Jesús del Dios eterno, ten piedad de mí”.

El Comienzo de Una Contrarrevolución

Calvino logró quemar vivo a su inocente rival, pero al hacerlo encendió un fuego mayor de protesta contra su doctrina y su intolerancia hacia la libre conciencia religiosa.

La noticia del martirio de *Servet* se extendió y *Calvino* fue atacado por varios dignatarios que lo reprendieron por un acto tan despiadado.

El martirio de *Servet* se convirtió en la chispa y el impulso para que los hombres comenzaran a clamar por el derecho a tener libertad de conciencia. Lo que ahora damos por sentado, una conciencia religiosa libre para creer abiertamente lo que elijamos, era un concepto extraño para el mundo religioso de los papas y los protestantes.

La chispa se convirtió en llama cuando la noción de libertad religiosa, a menudo aliada con el antitrinitarismo, comenzó a extenderse. Ardió con más fuerza en Polonia, donde un rey polaco católico, *Segismundo II*, permitió a los luteranos y calvinistas vivir y orar sin ser molestados, señalando que “deseaba ser rey tanto de las ovejas como de las cabras”. En Polonia incluso a los judíos se les permitía vivir y practicar su religión abiertamente.

Los reformadores italianos *Bernardino Ochino*, *Georgio Blandrata* y *Laelius* y *Faustus Socinus* huyeron de la persecución en Italia para refugiarse en los climas más seguros de Polonia. Habían abrazado tanto la doctrina antitrinitaria de *Servet* como su llamado a un nuevo humanismo que permitiera la libertad de religión. Bajo el liderazgo de *Fausto Socinus*, el movimiento prosperó en Polonia y se conoció como socinianismo. El movimiento unitario evolucionaría a partir de él.

El rey Juan II de Transilvania, un joven y brillante monarca que hablaba ocho idiomas y leía mucho, conoció a uno de los reformadores italianos y se convirtió, convirtiéndose en el primer y único rey unitario de la historia. En 1558, el rey promulgó la Ley de Tolerancia Religiosa y Libertad de Conciencia. En su historia de *Servet*, *Lawrence* y *Nancy Goldstone* comentan que la Ley del rey, “a la luz de lo que estaba sucediendo en todas partes del mundo (y en gran parte ha sucedido desde entonces), era asombrosa por su perspicacia, inteligencia y sofisticación”. Dice así:

En todo lugar los predicadores predicarán y explicarán el Evangelio cada uno según su entendimiento de él, y si a la congregación le gusta, bien, si no, nadie los obligará porque sus almas no estarían satisfechas, pero se les permitirá tener un predicador cuya enseñanza aprueben. Por lo tanto, ninguno de los superintendentes u otros insultarán a los predicadores, nadie será vilipendiado por su religión por nadie, según los preciosos estatutos, y no está permitido que nadie amenace a nadie con prisión o con la remoción de su puesto por su enseñanza. Porque la fe es el don de Dios, esto viene del oír, y el oír es por la palabra de Dios.

En el siglo siguiente, la opresión regresó y los unitarios en Polonia y Transilvania fueron suprimidos oficialmente. La mayoría se vieron obligados a huir a Europa occidental, Inglaterra y América. Trajeron consigo tanto sus creencias unitarias como su ardiente búsqueda de libertad religiosa. Algunos de los grandes pensadores de los siglos XVII y XVIII abrazaron la súplica de *Servet* por la libertad de conciencia, aunque no todos abrazaron su doctrina. Algunos, como *John Milton*, *Isaac Newton*, *Robert Boyle*, *John Locke* y *Montesquieu*, abrazaron ambas doctrinas.

El gran *Voltaire* (nacido como *Francois-Marie Arouet*) hizo de *Servet* uno de sus temas favoritos y le dedicó un capítulo entero en uno de sus libros, llamándolo “un doctor muy erudito” y atribuyéndole con razón el descubrimiento de la circulación de la sangre y su función. Se convirtió en la conciencia de Europa y obligó a todo el mundo cristiano a examinar los fundamentos de su fe. Inauguró el período llamado Ilustración – para bien o para mal. Sus mejores actos fueron aquellos en los que se lanzó a la defensa de las personas que sufrían persecución religiosa.

Su caso más famoso, el caso *Calas*, involucraba a un desventurado hugonote que no huyó de Francia y fue acusado falsamente de crímenes que no cometió. El inocente *Jean Calas* fue estrangulado hasta la muerte por las autoridades católicas, atado a una estaca y quemado. Sus dos hijas fueron obligadas a ingresar en un convento. Un hijo escapó y acudió a *Voltaire* en busca de ayuda. *Voltaire* comenzó un fondo de defensa entre cuyos contribuyentes estaban *Catalina la Grande* de Rusia, *Carolina*, esposa del rey *Jorge II* de Inglaterra, y *Augusto III*, rey de Polonia. *Voltaire* ganó el caso, lo que resultó en la exoneración de *Calas*, la liberación de sus hijas del convento y una gran compensación para la familia *Calas*.

El movimiento antitrinitario que surgió del martirio de *Servet* se había extendido a Inglaterra, donde fueron aceptados pero llamados “disidentes”. Comenzaron sus propias escuelas que fomentaban la libre investigación en religión, ciencia, historia, política y otras disciplinas académicas.

“El resultado”. Los *Goldstone* escriben que “fue un número desproporcionado de disidentes que se convirtieron en las mentes científicas más destacadas de la época. Un hombre en particular encarnó esta búsqueda de reconciliar la ciencia y el espíritu: el gran químico inglés *Joseph Priestley*. Nació en 1733 y cuando tenía dieciséis años dominaba el griego, el latín y el hebreo, además del francés, el italiano y el holandés. *Priestley* siguió el camino de *Servet* de rastrear las raíces de la Trinidad hasta el Concilio de Nicea, rechazando las tradiciones corruptas fuera de las Escrituras y creyendo en Cristo como un hombre que fue hecho divino por el Dios Único.

Aunque se lo recuerda por sus brillantes descubrimientos científicos (en 1766 conoció a *Benjamin Franklin* en Londres, quien lo animó a escribir una historia de la electricidad), se consideraba ante todo un teólogo. Se opuso al lucrativo tráfico de esclavos y fue un abierto partidario de la Revolución estadounidense. Como era el disidente más famoso de Inglaterra, una multitud enfurecida quemó una noche su casa, incluida su extensa biblioteca y los cuadernos de todas sus investigaciones científicas inéditas. Perseguido por la multitud, él y su familia huyeron de la zona y más tarde cruzaron el Atlántico hacia Estados Unidos.

Priestley fundó una Sociedad Unitaria en Filadelfia y le ofrecieron una cátedra de química en la Universidad de Pensilvania y la presidencia de la Sociedad Filosófica Estadounidense.

Priestley y *Thomas Jefferson* se conocieron en 1797 y *Jefferson* se convirtió en una especie de mentor para él. Compartían profundos intereses científicos y las opiniones religiosas de *Priestley* también afectaron a las de *Jefferson*. *Jefferson* siempre había sido antitrinitario y había leído sobre el martirio de *Servet*, todas las obras de *Voltaire* y compartía las opiniones de *Priestley* sobre la libertad religiosa.

Jefferson consideraba a *Juan Calvino* como uno de los peores delincuentes de la historia, un tirano que engendró otros tiranos en su nombre. El acontecimiento que expuso a *Calvino* como lo que era, que mejor personificó su hipocresía, fue el juicio y ejecución de *Miguel Servet*.

Una de las tres cosas por las que *Jefferson* quería que se recordara en el epitafio de su lápida era como “Autor del Estatuto de Virginia para la libertad religiosa”. Las otras dos eran “Autor de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos” y “Padre de la Universidad de Virginia”. No incluyó su presidencia ni su papel en la redacción de la Declaración de Derechos de la Constitución.

Jefferson escribió una vez: “Espero con confianza que la generación actual vea al unitarismo convertirse en la religión general de los Estados Unidos”. En 1822, todas las iglesias de Boston, menos una, eran unitarias y el movimiento estaba creciendo. Muchos estadounidenses famosos, como *Samuel F.B. Morse*, inventor del telégrafo, y el poeta y orador *Ralph Waldo Emerson*, eran unitarios. Pero alcanzó su apogeo en las décadas de 1840 y 1850, pero el espíritu de inclusión y de libre investigación sigue vivo, en parte gracias a *Miguel Servet*. No gracias a *Juan Calvino*.